



En esta foto hecha por Adele Corradi, el pequeño Marcello (al que durante su larga infancia todos creían mudo) parece acercarse a beber en la fuente: un don Milani ya muy enfermo en su hamaca, que consiguió hacerle hablar dándole de beber su palabra

El Evangelio en Barbiana

Adele Corradi

(del registro sonoro

Ermita de Le Stinche, Florencia 16.6.2007)*

(traducción de J.L. Corzo)

No he hablado nunca de don Milani en público porque, como ya se sabe, era una personalidad tan compleja y polifacética, que en cuanto digo una cosa sobre él, inmediatamente quiero corregirme. Además, hablar de “Don Milani, testigo del Evangelio” me parece todavía más difícil. De hecho, para ser sincera, cuando me he puesto a reflexionar sobre lo que podría decirnos aquí a vosotros, me he dado cuenta de que debía comenzar por clarificarme yo misma qué quiere decir ser “testigo del Evangelio”. No me convenía la idea de que don Lorenzo fuera testigo por su pobreza. Había elegido vivir pobre y al lado de los pobres, pero estas cosas las hacen también muchos no creyentes. También el hecho de que toda su vida la dedicara a los demás me parecía que no bastase para ser un testigo del Evangelio. Probablemente todos conocemos personas que no saben nada del Evangelio y que son capaces de dedicar sus vidas a los demás. Ciertamente no son muchos los que llegan a un absoluto olvido de sí mismos, como le ha sucedido a don Lorenzo.

En don Lorenzo, de hacer caso a lo que él mismo contaba, se había dado una transformación interior imprevista. Así como por un trauma se puede perder la vista, parece que casi de forma traumática él comenzase a ver. Un día, de hecho, hablándome de una amiga suya que antes de entrar en el seminario, consideraba su novia, me dijo: “la llamo mi novia, pero ni siquiera le he dado nunca un beso, porque yo no era capaz de querer a nadie. Quería hacerme famoso y no era capaz más que de pensar en mí”. Me quedé con la boca abierta, ya que un minuto antes me había dado una prueba extraordinaria de un absoluto olvido de sí mismo. Le pregunté cómo había hecho para cambiar y él me contó un episodio de su vida que después se ha hecho famoso, porque

todos los biógrafos, creo yo, hablan de ello. Seguro que muchos de vosotros lo conocéis. Me dijo que, mientras pintaba en una callejuela de San Frediano, tenía en la mano una rebanada de pan hecho con harina blanca. Era época de guerra y sólo quien tenía fincas podía tener en su casa pan blanco. Una mujer, desde una ventana, le gritó: “¡no se come pan blanco en las calles de los pobres!”. “En aquel momento, me dijo, me di cuenta de que era odiado y de que me afectaba”. Desde aquel momento, digo yo, comenzó a ver a los demás y a olvidarse de sí.

Pero todos estos hechos edificantes, según creo, no bastan para hacer un testigo del Evangelio. Si la palabra “Evangelio” quiere decir “Buena Noticia”, me decía pensando en este encuentro con vosotros, ¿de qué modo don Milani nos daba en lo alto de barbiana esa buena noticia? Nunca le oí predicar, porque durante la misa nunca hablaba, no hacía comentarios



Marcello trabajó casualmente en este collage colectivo, de los muchos que hacían los chicos en Santiago Uno, y ponía nombres reales a las figuras del dibujante J.L. Cortés.



tras la lectura del Evangelio. Naturalmente esto sucedía en sus últimos cuatro años de vida, porque yo estuve allí arriba sólo en los últimos cuatro años. Durante aquellos años el Evangelio se leía en la casa, durante dos o tres horas todos los domingos antes de bajar a la iglesia para la Misa, pero era una lectura con discusiones, y no creo que se pueda decir que se trataba del “anuncio” de un testigo que sabía más que nosotros. Incluso cuando, en las ocasiones más dispares, Don Lorenzo hacía alguna prédica “de cura”, nunca eran sermones ni “anuncios”. Eran reflexiones ante los chicos y con los chicos. A veces, de una regañina nacía un discurso religioso, una reflexión iluminadora. Entonces, me he dicho, puede que el anuncio del Evangelio nos llegara a través de sus obras.

Y así me ha venido a la cabeza Barbiana. Barbiana, bien puede decirse que era obra de don Lorenzo. Bar-

biana ha existido porque se la inventó él. No digo que no existiera porque no la recordara el mapa. Lo digo porque con don Lorenzo nació en Barbiana verdaderamente un mundo inventado por él. Era una realidad tan extraordinaria, que en los primeros tiempos cuando yo llegaba a la última curva, en lo alto de la última cuesta y de pronto veía la iglesia de Barbiana, para mí era como si llegara a otro mundo. Os parecerá una exageración, pero era el mundo del que habla Jesús cuando los discípulos de Juan Bautista le pedían que les dijera quién era. Entonces es cuando Jesús da la “buena noticia” de que ha llegado el Reino de Dios y que le digan a Juan lo que han visto: “los ciegos ven y los mudos hablan”. En Barbiana sucedía exactamente así: los ciegos veían y los mudos hablaban. Puede que a ver y a hablar llegaran al son de gritos y patadas en la espinilla, y se requería un esfuerzo terrible, de años, para que los ciegos comenzasen a ver y los mudos a hablar, pero al final eso sucedía. Naturalmente era una realidad en proceso y quien llegaba de visita, a lo mejor, no veía más que un montón de chavales sucios, pero si ponía la oreja no podía dejar de oír el anuncio del Reino de Dios.

Os leo un hermoso párrafo de una carta en la que la señora Milani [la madre de don Lorenzo] describe Barbiana a su hija:

“... Allí arriba –como de costumbre– los chicos son veinte. Con frecuencia me admira y me entusiasma la belleza y lo excepcional de aquel ambiente. Otras veces, la miseria, la suciedad, el malestar de aquella vida se me queda en la garganta. No comen bastante, no se lavan, huelen mal, el cubo de agua que traen desde lejos está asqueroso y, luego, ves a los veinte solfear encantados el concierto Emperador ante una máquina de su invención que despliega la partitura ante sus ojos mientras el gramófono suena. Y se siente que allí todos los valores son distintos de los nuestros...”

Muchas más cosas se podrían decir de aquel mundo extraordinario, pero sólo añadiré ésta: en Barbiana se vivía el anuncio del *Magnificat*. En el *Magnificat* se dice: “ha derribado a los poderosos...” Esto era precisamente lo que sucedía. Cualquiera que llegase allí arriba, ya fuera un ministro, un profesor, un periodista, un obispo, se veía derribado de su silla, de su cátedra, de su “posición”, y se convertía en sólo una persona. Y sucedía también, como prosigue el *Magnificat*, que los hambrientos se llenaban de dones y, los ricos, se iban con las manos vacías.

Sólo reflexionando sobre este punto he comprendido plenamente por qué muchos se iban descontentos. Tendemos a pensar que se marcharían descontentos los que habían sido tratados mal y, sin embargo, podía suceder que también se quedasen descontentos los bien tratados. El juez Marco Ramat era un amigo y don Lorenzo lo estimaba mucho. Pero yo he leído un escrito suyo en el que, con honestidad y admirable sinceridad,



confiesa (cito de memoria) que dejó de subir allí porque en el momento de irse se sentía una nulidad y, naturalmente, le fastidiaba sentirse nulo. Otro escrito suyo es aún más luminoso. Dice, de hecho, que la primera vez que subió a Barbiana, esperaba poder tener con don Lorenzo un coloquio “de hombre a hombre” (así lo dice), es decir, un intercambio de ideas. Sin embargo, a pesar de haber subido a Barbiana varias veces, y como amigo, un coloquio de hombre a hombre nunca lo tuvo. Cuando se iba, era siempre con las manos vacías. Y esto sucedía, añado yo, a todos los que llegaban con las manos llenas, o sea, convencidos de tener algo que dar, aunque sólo fuera sus propias opiniones.

Yo tuve la suerte de llegar allí arriba verdaderamente con las manos vacías. No me pasaba siquiera por la cabeza tener algo que enseñar, algo que decir. Sólo tenía que expresar mis dudas. Y en contra de cuanto se ha dicho a veces de él, don Lorenzo escuchaba

con grandísimo respeto si uno tenía dudas de verdad. Si yo no comprendía una actitud suya, un modo de obrar y preguntaba cómo es que se comportaba así, don Lorenzo comprendía siempre que el mío era un deseo sincero de claridad y todas las veces me daba una explicación iluminadora. Cuando le pregunté si le gustaría (estaba ya muy enfermo) que yo me trasladara allá arriba, me dijo categóricamente que no debía hacerlo y, cuando le pregunté por qué, añadió que era su deber de sacerdote (eso mismo dijo) advertirme que el mío sería un trabajo sin recompensa, porque pasaría inadvertido. Los chicos le recordarán a él, no a mí y, al final, me encontraría con las manos vacías. Dije sinceramente que eso no me importaba y, como podéis imaginar, al final, como los hambrientos del *Magnificat*, me he encontrado en las manos tantos regalos que no sé cómo hacer para decir gracias.

* *Fraternità* 13 (2007) 27-32

Marcello, el preferido de don Milani vivió en la Casa-escuela de Salamanca

Adele Corradi

(un texto de 1996 para los XXV años de Santiago 1)



“Marcello Alpi volvió a Salamanca en 1996 para celebrar el XXVº aniversario de la Casa-escuela”

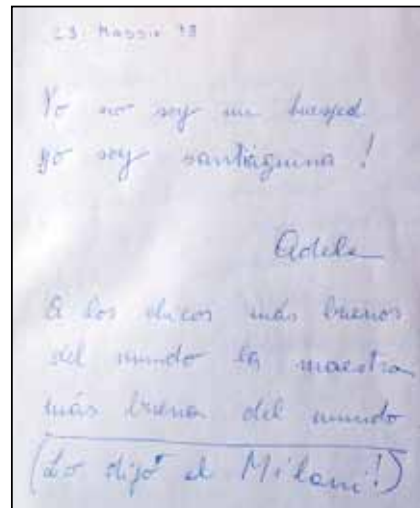
Cuando murió don Milani, Marcello, el más pequeño de sus “hijos”, vino a vivir a mi casa. Tenía ocho años y ya era capaz de hablar. De hecho, don Milani –jugando con él continuamente durante meses, sin rendirse nunca– había logrado hacer hablar a un niño que con cinco años parecía mudo. A mí me correspondía la tarea de enseñarle a sonarse la

nariz y mandarle a la escuela.

Pero en el invierno del 77-78 fui invitada a vivir en la Casa-escuela Santiago Uno y con gran alegría decidí aceptar la invitación. Marcelo tenía 18 años y vino conmigo a Salamanca. En la Casa-escuela

encontró todo lo que necesitaba. Sobre todo encontró verdaderos amigos: un tesoro escondido para un disminuido mental. Todos, todos, los educadores y los chicos de Santiago Uno, se hicieron sus amigos y maestros. Todos tuvieron la paciencia de hablar con él y enseñarle algo.

Parecía un juego, como el de don Milani, pero era verda-



dera, auténtica escuela. La más verdadera y auténtica de las escuelas.

Quienes le acogieron en su habitación y durmieron en su mismo cuarto fueron más que maestros y más que amigos: fueron sus hermanos. No lograré jamás expresar mi agradecimiento por todo lo que Marcelo –y yo con él– hemos recibido de vosotros. ■